

¿Por qué lo hice? Porque se lo merecía. ¿Por qué lo merecía? Porque jugó conmigo y no iba a dejarle ganar.

Los viajeros del autobús me miraban, no apartaban sus ojos de mí más que cuando les devolvía yo la mirada con el ceño fruncido y los dientes prietos. Todos, todos los viajeros y el conductor también. Subí al autobús, pagué mi billete y me quedé junto a la puerta recuperando el aliento tras la carrera. ¿Por qué entonces aquellas miradas si actué con total normalidad? Alguno que quiso subir, al verme junto a las escaleras, sudoroso y jadeante, desestimó la idea poco después de aparecer en su rostro una mueca de espanto. El conductor nada me dijo, mas le vi respirar aliviado al ver que dirigía mis pasos hacia el fondo del autobús. ¿Qué miraban los viajeros? Unos con ojos inquisidores, juzgándome los otros. Una señora que ocupaba un asiento junto a la puerta trasera, al verme llegar, llevó las manos a su boca para ahogar un grito y, sin mirarme al levantarse, me cedió su sitio. Alcé los ojos y vi mi imagen en el cristal: de la comisura de mis labios, en mi lado derecho lo descubrí. Se había secado allí una gota de sangre en su viaje hacia el cuello y entonces un hilo rojo, espeso, delator adornaba mi barbilla. Podían haber supuesto que fue al afeitarme. ¿Por qué no había de ser mía aquella sangre? Por Dios, nadie podía saber a quién pertenecía en realidad. Me miraban, como dioses, como jueces ecuanimes y todopoderosos que habían emitido ya su veredicto. ¡Culpable! Gritaban sus ojos. Humedecí mi dedo índice con saliva y lo llevé a la mancha de mi cara. Quise limpiar en un primer momento la evidencia de sus acusaciones mas decidí por el contrario que de nada debía avergonzarme pues en mi derecho estaba cuando lo hice. Pasé con suavidad el dedo sobre la sangre, acariciándola. Lucía así el rojo más brillante, reciente, visible.

Me levanté del asiento. Caminé hacia el fondo del autobús. Miraba a uno y otro lado, a los ocupantes de los asientos. Les devolvía sus miradas, sonriente, sabiendo que la mueca de mi boca, exagerada hasta lo grotesco, resaltaría la sangre que les hacía suponer lo ocurrido. Algunos volvían el rostro a mi paso, otros, los más pequeños, buscaban refugio en el pecho protector de sus padres. Quien leía, sin alzar la cabeza, ladeaba los ojos, temerosos, tratando de no verse sorprendidos en un

probable ataque por mi parte. ¡Ingenuos! ¿Quién necesita atacar cuando ha vencido sin dar un sólo golpe? Alcancé la última fila y regresé. La cabeza alta, el andar seguro, mi propósito cumplido. Nadie osó ya mirarme al pasar. En la siguiente parada abandoné el autobús no sin antes disparar de nuevo mis ojos hacia los viajeros que quedaron en él. ¡Infelices! ¡No saben nada! ¡No saben por qué lo hice! Mas me juzgaron. Atienda el lector, pues comprenderá mis razones y entenderá lo injusto de sus miradas.

Yo no quería aquel maldito despertador. El dependiente insistió e insistió. Habló de su bajo e increíble precio una y otra vez. Y de las extraordinarias funciones y prestaciones que podía ofrecerme. Años llevo de vigilia, incapaz de dormir pues en cuanto la luz se apaga, se enciende mi mente. Elabora extrañas, irreales, alucinantes historias que me impiden conciliar el sueño. La falta de descanso, sin embargo, no ha mermado ni un ápice mis facultades, sino que, por contra, las ha agudizado: me siento más fuerte, más seguro, más vivo. Sí, más vivo pues, el tiempo que alguien normal ocupa en improductivos sueños, yo velo, luego viviré dos vidas en una sola: la del día y la de la noche. ¿Qué necesidad tenía yo entonces de aquel despertador cuando años llevo despierto, vigilando el sueño del resto del mundo?

Mas acepté finalmente el inútil reloj. A pesar de tener todo el tiempo del mundo rehusé la invitación que aquel dependiente me ofrecía para entablar una lucha dialéctica y acabé comprándolo. Había decidido estrellarlo contra la acera, frente a la puerta del establecimiento, para demostrarle al estúpido dependiente que no me había vencido. Permití que lo empaquetaran, anudaran un lazo azul en su parte superior y pegaran ese hipócrita deseo de Felicidades sobre fondo dorado al que tan aficionados son en tales centros. Cuantos más impedimentos hallara entre mis manos y el despertador, mayor deseo de acabar con él albergaría al tenerlo entre mis dedos. Salí. Estiré del nudo con rabia y lo arranqué. Destrocé en dos manotazos el festivo papel y llegué a la caja. Dentro sonaba el corazón del reloj, rítmico, monótono, ignorante de su futuro. Abrí de un golpe la caja y extraje el despertador que palpité entre mis dedos. Busqué, girándolo, la mejor posición para lanzarlo contra el suelo y entonces sucedió el hecho que desencadenó los sucesos que

trato de relatar. Algún operario inepto o alguna máquina inhumana había dejado una pequeña arista cortante en un lateral del reloj al montarlo. Aquel trozo de metal se introdujo sin aviso ni pudor en mi pulgar y el dolor me obligó a soltar el despertador que golpeó el suelo sin apenas producirse daño alguno. Introduje mi dedo en la boca con la intención de mitigar el dolor y, con aquella ridícula postura infantil regresé a la tienda.

Busqué al dependiente y lo hallé en un rincón, embaucando a una pareja, a la que trataba de vender algo tan carente de uso como aquel reloj que acababa de clavarse en mi dedo. Me coloqué tras él. Nada le dije. No escuchaba tampoco las mentiras que de su boca manaban. Deseaba tan sólo que mi presencia a su espalda le hiciera sentir incómodo y se dignara a preguntarme el por qué de mi vuelta. No lo hizo. Coloqué mi mano derecha sobre su hombro y manché con mi sangre su immaculado traje. ¡Aún tuvo la desfachatez de rogarme que aguardara a que finalizara con aquellos clientes! Yo comencé a chillar. Le exigía atención a lo que quería contarle. Sin embargo, me dio la espalda. ¡No me escuchaba! Sus orejas, grandes como manos, me ignoraban. Pateé varios de los muebles y objetos con el fin de atraer la atención de aquel elefante de dependiente. Sin inmutarse, alzó su mano y reclamó la presencia de alguien a quien yo no vi. Se alejaba de mi lado mientras yo trataba inútilmente de mostrarle la herida que su estúpido reloj me había producido. Cuando aquella situación me hartó, alargué el brazo y le obligué a mirarme. Sonreía. Sonreía con amabilidad, como si mi enfado no fuera con él. Le mostré mi dedo ensangrentado mas nada dijo. NI una disculpa, aunque falsa y forzada, me ofrecieron sus labios. Sólo sonreía, con una boca pequeña entre dos enormes orejas. Me arrojé sobre él. Cerré mis dientes cuando sentí en la punta de mi lengua el lóbulo de su oreja derecha. Sabía amarga. Apreté con fuerza y rabia y algo blanduzco y frío cayó dentro de mi boca mientras una gota de su sangre resbalaba por mi barbilla. Salté los muebles, esquivé con destreza al fornido guardia de seguridad, que tropezó y cayó, y salí a la calle dejando la cabeza del dependiente coja de por vida. Escupí en mi mano el trozo de oreja y, cubierta por mi saliva, la clavé en la punzante arista del reloj, para atormentarle así con su eterno tic-tac. Volví a correr hasta el autobús.

No me las ofreció cuando con amabilidad se las pedí y no tuve más remedio que tomarle una
yo mismo.

Convendrá conmigo el lector que estaba en mi derecho.